MANUEL ALCÁNTARA

EL PORVENIR DE AYER ES YA RECUERDO

POEMAS & COLUMNAS

ANTOLOGÍA

SELECCIÓN E INTRODUCCIÓN

FRANCISCO RUIZ NOGUERA

JUNTA DE ANDALUCIA
Agencia Andaluza de Instituciones Culturales
CONSEJERÍA DE CULTURA Y PATRIMONIO HISTÓRICO

Manuel Alcántara

ANTOLOGÍA

Manuel Alcántara

EL PORVENIR DE AYER ES YA RECUERDO

POEMAS & COLUMNAS

ANTOLOGÍA

SELECCIÓN E INTRODUCCIÓN

FRANCISCO RUIZ NOGUERA

CONSEJERÍA DE CULTURA Y PATRIMONIO HISTÓRICO

Centro Andaluz de las Letras

Primera edición: 2.000 ejemplares

Edita: JUNTA DE ANDALUCÍA. consejería de cultura y patrimonio histórico

© De la edición: JUNTA DE ANDALUCÍA. consejería de cultura y patrimonio histórico
© De la selección y el prólogo: Francisco Ruiz Noguera
© Del texto: Manuel Alcántara

Dibujo de la cubierta: Juan Vida

ISBN: 978-84-9959-329-6
Depósito Legal: SE 701-2019
Imprime: Tecnographic, S.L.

MANUEL ALCÁNTARA

El primer poema de esta antología, con la que la Consejería de Cultura y Patrimonio Histórico de la Junta de Andalucía homenajea a Manuel Alcántara como autor del año 2019, lleva por título «El poeta". Tienen sus últimos versos ("Buceo en el instante removido / y mis manos se llenan de palabras») una precisa descripción de la labor como escritor del malagueño: bucear en la realidad (en ese «instante removido») para tratar de salvarla del acabamiento y hacerla vivir/revivir a través de la palabra.

Así, Manuel Alcántara viene buceando desde hace años en el espacio de lo personal, probablemente el territorio más afín a la poesía, y, al mismo tiempo, en la realidad circundante, que no le es ajena, probablemente el territorio más cercano a quienes, como él, desde el periodismo, dan cuenta, como decía Antonio Machado, de «lo que pasa en la calle». Como resultado, nos ofrece textos que, en prosa o en verso, son clara muestra de que estamos ante uno de los maestros en nuestra lengua.

Nacido en Málaga en 1928, Alcántara se traslada a Madrid con su familia en 1945. Será a principios de los cincuenta, cuando, en el entorno de las tertulias de los cafés literarios de entonces se da a conocer como poeta. En apenas ocho años, el joven Manuel Alcántara publica cuatro libros, *Manera de silencio* (1955), *El embarcadero* (1958), *Plaza Mayor* (1961) y *Ciudad de entonces* (1962), que tienen una gran acogida crítica e institucional, desde la elección como mejor libro de poesía en 1955 al Premio Nacional de Literatura en 1962. Tras un largo silencio editorial, reaparece, en la década de los ochenta, con sus tres últimos títulos hasta ahora: *Anochecer privado* (1983), *Sur, paredón y después* (1984) y *Este verano en Málaga* (1985).

La poesía de Alcántara participa de las características propias de su generación, la del 50: el debate entre la poesía como conocimiento o como comunicación, las preocupaciones sociales, el tema de España, y, en su caso, además, el recuerdo de la infancia malagueña, la nostalgia, la presencia constante del mar y, muy especialmente, la tradición de la poesía de tempo-

ralidad: poemas que saben aunar las formas clásicas del arte mayor con la dicción popular de coplas, canciones, soleares.

Junto a su obra poética, la voz de Alcántara ha tenido presencia ininterrumpida en la prensa, con artículos de opinión y magistrales columnas, desde 1958 hasta la actualidad, en diversos medios. La visión incisiva, el humor y la ironía son rasgos de unos textos periodísticos que han merecido numerosos galardones, y de los que se han publicado algunos volúmenes: *Fondo perdido*, *Vuelta de hoja*, *Málaga nuestra*, *Cántigas de amigo*, *La edad de oro del boxeo*.

La presente antología da cuenta de esa doble dedicación de Manuel Alcántara a fin de que una representativa muestra de las distintas facetas de su escritura llegue a la ciudadanía.

Patricia del Pozo Fernández
Consejera de Cultura y Patrimonio Histórico

MANUEL ALCÁNTARA, POETA EN VERSO Y PROSA

Francisco Ruiz Noguera

Uno de los versos del soneto «Antiguo presente», del libro *Manera de silencio*, dice «El porvenir de ayer es ya recuerdo». He tomado ese verso como título de esta antología porque creo que apunta a dos de las características de los textos aquí reunidos. Por una parte, la poesía de Manuel Alcántara participa en gran medida de la huella de la temporalidad (el *fugit irreparabile tempus* de Virgilio, que tanto prendió más adelante entre nuestros barrocos). Por otra, en cuanto a sus textos periodísticos, en entrevista concedida a Agustín Rivera, para el diario *El Mundo* (24-11-2000), hablaba Alcántara del valor que presente, inmediatez y actualidad tienen en sus artículos: «Nunca dejo artículos adelantados. Yo vendo pescado fresco». O sea, un juego de miradas, entre pasado, presente y futuro, que el escritor, un verdadero maestro de nuestra lengua, selecciona según convenga al género literario que en cada caso trata, y, en todos los casos, eso sí, con enfoque y expresividad claramente poéticos, porque Manuel Alcántara es sobre todo un poeta.

Desde hace muchos años, la obra de Alcántara es una realidad que diariamente llega a sus múltiples lectores en forma de columna que se extiende por toda la geografía española. Pero hay otra faceta del escritor que probablemente sea menos conocida o, mejor dicho, menos leída; y, seguramente, es normal que así sea, porque esa otra actividad discurre por cauces distintos, por cauces no solo más secretos, sino también más personales, como son las vías de la difusión de lo poético.

En el caso de Alcántara, la actividad de columnista de opinión cuenta, además de con su difusión, con la consideración y estudio que le han prestado, por ejemplo, el profesor y académico de la RAE Gregorio Salvador («Bellísimas columnas»), el escritor Juan Manuel de Prada («Todavía no he

logrado detectarle un adjetivo estéril») o los profesores Antonio Gómez Yebra («columnas salomónicas»), Teodoro León Gross («la pasión poética del articulista») y Agustín Rivera («un modelo de alta calidad estilística [que] mantiene vivo el valor del texto literario combinándolo con el periodismo deportivo»).

Tal vez esos cauces casi secretos de lo poético, hacen que no esté tan presente el hecho de que la poesía de Manuel Alcántara ha sido también objeto de consideración y estudio por parte de muchos: la mera enumeración tal vez sería prolija; no estaría de más, sin embargo, recordar que la obra poética de Alcántara ha merecido la atención crítica de estudiosos y escritores como, por ejemplo, Gerardo Diego, Manuel Alvar, Alfonso Canales, Francisco Umbral, Jiménez Martos, Manuel Mantero, José Luis García Martín o Antonio Garrido Moraga.

Manuel Alcántara termina su libro *Este verano en Málaga* (1985, premio de poesía Ibn Zaydún) con el soneto «Niño del 40», cuyo terceto final dice:

> No se estaba ya en guerra aquel verano,
> mi padre me llevaba de la mano,
> yo estudiaba segundo de jazmines.

Valgan estos versos para situar al poeta en la llamada «generación del cincuenta» o de «los niños de la guerra».

Alcántara, nacido en Málaga en 1928, se da a conocer como poeta en los años en que se están trazando las líneas de lo que va a ser el desarrollo de la poesía española durante esa década y buena parte de la siguiente, con dos tendencias en litigio: la que considera que la poesía es una forma de conocimiento, y la que defiende que es forma de comunicación.

Su primer libro, *Manera de silencio*, es de 1955 y, a pesar de la juventud del autor, puede decirse que era ya un libro de madurez; de hecho, fue elegido por la crítica como el mejor libro poético del año. Alfonso Canales llamó la atención sobre esto: «Alcántara revela madurez desde su inicio, con acusada personalidad, dominio del lenguaje y abundantes hallazgos expresivos».

Están allí, en efecto, sus señas de identidad expresivas y el repertorio de sus inquietudes, que entran de lleno en la deriva existencial de la lírica española de entonces, una línea que arranca de lo que Dámaso Alonso llamó «poesía desarraigada», así, en el primer poema, «Biografía» encontramos los temas en los que Alcántara centrará su obra, temas coincidentes con lo que podíamos llamar «espíritu generacional».

En unos versos de «Biografía», leemos:

> Unas pocas palabras me mantienen:
> duda, esperanza, amor… Siempre me pierdo…
> Amor, duda, esperanza… Siempre vienen…
> La ilusión, si la he visto, no me acuerdo.

Este último verso refleja una posición existencialista o por lo menos de escepticismo; por eso, a pesar de que entre las tres palabras que «mantienen» al poeta figura la *esperanza*, es la *duda* la que se impone; incluso el *amor* es visto desde la perspectiva de su acabamiento: «Ocurre que el olvido antes de serlo / fue grande amor, dorado cataclismo». Memoria y olvido: he aquí una de las recurrencias en la poesía de Alcántara, donde los dos conceptos quedan fundidos a manera de oxímoron: «Lo mejor del recuerdo es el olvido».

En cierto modo, esta «Biografía», escrita desde un yo sin ocultamientos, además de centrarse en la persona y sus circunstancias («Manuel, junto a la mar, desentendido; yo era un niño jugando a la alegría.»), tiene también un carácter de declaración poética:

> Enseño a andar palabras de la mano…
> Tengo un desconocido por el pecho.
> Sí. Miradme a los versos. No os engaño.

En ese «Enseño a andar palabras» está la conciencia del «oficio» del poeta y la alta consideración en el uso de la palabra en poesía («La poesía aspira a que no haya una palabra baldía»).

Por otra parte, en los otros dos versos, estamos ante tres ideas fundamentales que entroncan con la poética generacional y con las disputas de prin-

cipios de los cincuenta que antes mencioné: por un lado, la identificación de poesía y verdad («No os engaño»), pero, además, la segunda persona («Miradme») nos lleva a la consideración de la poesía como vía de comunicación de esa verdad; sin embargo, en el verso anterior se ha dicho «Tengo un desconocido por el pecho», y ese «desconocido» es el que va revelándose, conociéndose a través del ejercicio poético, de manera que, desde este punto de vista, para Alcántara, también la poesía es forma de conocimiento del mundo y de conocimiento personal. Así pues, el detenerse, de forma reflexiva, en el valor de la poesía como vía de conocimiento y de expresión del yo es otro de los rasgos caracterizadores de su escritura. En el poema «Palabras» de su siguiente libro, *El embarcadero*, queda clara esa voluntad de síntesis entre las dos posturas: conocimiento y comunicación.

También está en «Biografía» otro de los temas fundamentales de su poesía (y de la poesía de todos los tiempos), probablemente, el que de forma más rotunda la articula: el paso del tiempo («El tiempo es un camino para andarme»). El sentido de lo temporal es un rasgo más que acerca la poesía de Alcántara al existencialismo, aunque las huellas de esa tendencia deben buscarse, en su caso, en la tradición barroca española. La fusión de presente, pasado y futuro está planteada en estos versos:

> Tengo un niño olvidado en la memoria…
> El porvenir de ayer es ya recuerdo
> y el niño nunca sabe dónde empieza
> el día de mañana cada día.

La conciencia de la temporalidad está asociada al recuerdo de la infancia, como, por ejemplo, en la «Canción 1» de *El embarcadero*:

> Por la mar chica del puerto
> andan buscando los buzos
> la llave de mis recuerdos.

Y, más adelante, al intento de rescate en estos versos de *Sur, paredón y después*:

> He venido a buscarme.
> Hay un niño extraviado
> en medio de la calle.

La severidad del tono existencialista queda, a veces, mitigado por la expresividad propia de la canción popular: otra de las señas de identidad de la poesía de Alcántara.

El sentir existencial del tiempo, junto con la referencia personal a un yo no enmascarado se reúnen en «Carnet de identidad» del libro *Ciudad de entonces*:

> Me dijeron vivir a quemarropa:
> siglo XX –acordaron–, en Europa,
> en Málaga, en enero y en Manolo.
>
> Todo lo dispusieron: hambre y guerra,
> España dura, noche y día, tierra
> y mares… luego me dejaron solo.

Nos habla Alcántara de una «España dura» sobre la que trató el poeta –nuevo rasgo generacional– en su libro *Plaza Mayor*.

Dentro también de la tradición española —sobre todo unamuniana—, está el conflicto con lo divino, cuya evolución va de la moderada certeza a la abierta duda: desde el inicial «y cuando el alma suena es que a Dios lleva» (*Manera de silencio*), pasando por una soleá de *Este verano en Málaga*: («Si otros no buscan a Dios, / yo no tengo más remedio: / me debe una explicación»), hasta llegar a los últimos poemas que, en coherencia con su trayectoria, reúne buena parte de los temas sustantivos de su obra: el mar (con toda su simbología: misterio, vida y muerte a la vez), el tiempo y la angustia existencial ante el acabamiento y lo desconocido.

Antes de dar paso a la antología de textos poéticos y periodísticos, recordemos algunos datos biobibliográficos.

Manuel Alcántara (Málaga, 1928) es poeta y articulista de opinión. Miembro de la Real Academia de Bellas Artes de San Telmo.

En ambos campos ha merecido máximos reconocimientos. Como poeta, ha sido distinguido con los premios Antonio Machado, Nacional de Literatura, Hispanidad de Alforjas para la Poesía e Ibn Zaydún. Como articulista, ha recibido los tres máximos premios del periodismo español: el Luca de Tena, el Mariano de Cavia y el González-Ruano. Además, ha obtenido premios periodísticos como el Javier Bueno (de la Asociación de la Prensa de Madrid), el Hermano Valdés, el José María Pemán, el Pedro Antonio de Alarcón o el Joaquín Romero Murube, entre otros. Es Premio de las Letras Andaluzas Elio Antonio de Nebrija y ha sido nombrado Autor del año 2019 por el Centro Andaluz de las Letras de la Junta de Andalucía.

Entre otras distinciones académicas y civiles, es Doctor Honoris Causa por la Universidad de Málaga, Medalla de Andalucía, Hijo Predilecto de Málaga, Hijo Predilecto de la Provincia de Málaga e Hijo Adoptivo del Rincón de la Victoria, localidad en la que reside buena parte del año. Ha recibido la Encomienda de la Orden Civil de Alfonso X el Sabio.

Su nombre da título a varias calles, plazas y centros de enseñanza en diversas localidades, así como a un premio de poesía, a uno internacional de periodismo y a otro nacional de periodismo deportivo.

Ha publicado los siguientes títulos:

Libros de poesía

Manera de silencio, Madrid, Ágora, 1955.
El embarcadero, Madrid, Pabellón, 1958.
Plaza Mayor, Madrid, Palabra y Tiempo, 1961.
Ciudad de entonces, Madrid, Arbolé, 1962.
Anochecer privado, Málaga, Jarazmín, Cuadernos de Poesía, invierno de 1983/1984.
Sur, paredón y después, Langenhagen (Deutschland), editor e ilustrador Francisco Hernández, 1984.
Este verano en Málaga, Madrid, Instituto Hispano-Árabe de Cultura, Colección Ibn Zaydún, 1985.

Recopilaciones y antologías (libros)

La mitad del tiempo, Madrid, Bullón, 1963.
14 sonetos de Manuel Alcántara, Madrid, Sociedad General de Fotografía, Diseño S.A., 1968.
Antología poética, Málaga, Excma. Diputación Provincial, Colección Puerta del Mar, 1986.
La misma canción, prólogo de Manuel Alvar, Málaga, Ateneo, 1992.
Poemas (Antología, 1955-2000), Selección, prólogo y nota de Antonio A. Gómez Yebra, Universidad de Málaga, 2002.
Travesía (Antología poética, 1955-2004), edición e introducción de Francisco Ruiz Noguera, Fundación Málaga, Colección Las Cuatro Estaciones, 2004.
Antología personal, nota a la edición de Juvenal Soto, Córdoba, Almuzara, 2008.
Mar de fondo. Poesía reunida (1955-2018), edición e introducción de Francisco Ruiz Noguera, Málaga, Ayuntamiento, Colección Ciudad del Paraíso, 2019.
El porvenir de ayer es ya recuerdo. Poemas & Columnas. Antología, edición e introducción de Francisco Ruiz Noguera, Sevilla, Junta de Andalucía, Centro Andaluz de las Letras, 2019.

Recopilaciones de artículos (libros)

Fondo perdido, introducción y selección de Teodoro León Gross, Málaga, Arguval, 1997.
Vuelta de hoja, prólogo de José Luis Garci, Madrid, Taller de Ediciones, 1998.
Málaga nuestra, prólogo de Rafael González-Gallarza Morales, Málaga, Arguval, 2002.
Cantigas de amigo, prólogo de Juan Gaitán, Málaga, Ateneo, Col. Laberinto, nº 8, 2003.
La edad de oro del boxeo (15 asaltos de leyenda), estudio y selección de Teodoro León Gross y Agustín Rivera, epílogo de José Luis Garci, Madrid, Libros del K. O., 2014.

ANTOLOGÍA

I
POEMAS

MANERA DE SILENCIO

(1955)

El poeta

Alzo la voz. El aire es su destino.

(También se quedará la voz en nada.)

Recuerdos del tamaño del rocío…

Olvidadas memorias de mañana…

Buceo en el instante removido
y mis manos se llenan de palabras.

Biografía

Lo mejor del recuerdo es el olvido…

Málaga naufragaba y emergía…

Manuel, junto a la mar, desentendido;
yo era un niño jugando a la alegría.

Ahora juego a todo lo que obliga
la impuesta profesión de ser humano,
y a veces, al final de la fatiga,
enseño a andar palabras de la mano.

Ser hombre es ir andando hacia el olvido
haciéndose una patria en la esperanza;
cuerpo a cuerpo con Dios se está vendido
y a gritos no se alcanza.

(Dentro de poco se dirá que fuiste,
que alguien llamado así, vivió y amaba…)
Ser hombre es una larga historia triste
y un buen día se acaba.

Desde mis veinticinco historias vengo.

Nada me importó nada.

Pero cualquier capítulo lo tengo
miniado en letra triste y colorada.

Un hombre hecho y deshecho
os habla. Soy distinto cada año.
Tengo un desconocido por el pecho.
Sí. Miradme a los versos. No os engaño.

Tengo el sombrío bosque de la frente
esperando que llueva;
mientras, el alma suena bajo el puente,
y cuando el alma suena es que a Dios lleva.

Vuelvo a andar el camino desandado
y en mi paso resuenan las cadenas.
Recuerda el corazón acostumbrado…,
¡qué buen fisonomista de las penas!

Unas pocas palabras me mantienen:
duda, esperanza, amor… Siempre me pierdo…
Amor, duda, esperanza… Siempre vienen…
La ilusión, si la he visto no me acuerdo.

Lo mejor del recuerdo es el olvido…

Málaga naufragaba y emergía…

Manuel, junto a la mar, desentendido;
hubo una vez un niño en la bahía.

Y un hombre hay de pie sobre mis huellas,
indefenso y sonoro, a ras del suelo,
que se irá mientras hacen las estrellas
propaganda de Dios allá en el cielo.

Soneto para empezar un amor

Ocurre que el olvido antes de serlo
fue grande amor, dorado cataclismo;
muchacha en el umbral de mi egoísmo,
¿qué va a pasar? Mejor es no saberlo.

Muchacha con amor, ¿dónde ponerlo?
Amar son cercanías de uno mismo.
Como siempre, rodando en el abismo,
se irá el amor sin verlo ni beberlo.

Tumbarse a ver qué pasa, eso es lo mío;
cumpliendo años irás en mi memoria,
viviendo para ayer como una brasa,

porque no llegará la sangre al río,
porque un día seremos solo historia
y lo de uno es tumbarse a ver qué pasa.

Me busco por el tiempo

Me busco por el tiempo que he perdido
y en las hojas de ayer del calendario,
pero no encuentro al alma por mi almario
ni rastro de aquel viejo conocido.

El que yo fui, ¿por dónde se habrá ido?
Quiero saber de mí. Es necesario
conocer a quien trato en este diario
escribir las memorias de mi olvido.

La aventura pequeña de ese barco
que hace su travesía por un charco
sabiendo que a babor nadie contesta.

Bebiendo estoy mi vino y mi pregunta.
Penas y dudas. Todo se me junta.
Y Dios da la callada por respuesta.

Antiguo presente

Tengo un niño olvidado en la memoria
antiguamente joven como un río;
regresa de un remoto tiempo mío
tan lejano y azul como la gloria.

Inconcretas noticias de mi historia
me trae hasta la puerta un viento frío;
volviendo están vilanos de otro estío
y agua pasada muévese en la noria.

El porvenir de ayer es ya recuerdo
y el niño nunca sabe dónde empieza
el día de mañana cada día.

Niño que se perdió como me pierdo,
pensando que no es buena mi tristeza
y no vale la pena mi alegría.

Dios

Creer en Dios es nieve y se derrite
sobre el hombro cansado de la espera.
Creer en Dios, ¡ay Dios!, qué fácil era,
pero el eco de Dios no se repite.

Dando traspiés el alma, caes y te
levantas, ¡qué remedio!, y ni siquiera
duele. ¿Dónde anda Dios? Si lo supiera…
Y Dios sigue jugando al escondite.

Esperemos. Silencio de Dios suena
en la oquedad del hombre. Siegan hoces
de frío el frágil vuelo de aquel ave

que distraía el paso a la cadena.
Tengo miedo y escucho. Suenan voces.
Serán de Dios. No sé. Cualquiera sabe.

Arcángel de pereza

Un arcángel me ronda indiferente,
oigo sus alas cerca de mi aliento;
un arcángel me ronda, yo lo siento
con el peso del aire por mi frente.

Él me enseñó a decir «inútilmente»
y a darle los propósitos al viento;
su espada, del metal del desaliento
se hunde en mi voluntad desobediente.

Arcángel rondador de la desgana,
que se lleva el dolor que no me tomo
para traerlo el día de mañana...

Sujetas van las penas por las bridas,
enjaezadas, dolientes, nobles, como
las mulas al final de las corridas.

Solo la ociosidad es mi tarea.
Las morunas naranjas, gajo a gajo,
vierten su antiguo zumo, y en el tajo
se ha vuelto perezosa la pelea.

Si esto es vivir, que venga Dios y vea
cómo ando con la vida cuesta abajo...
Que cuesta estar de pie mucho trabajo
para después marcharse adonde sea.

El naufragio que llevo entre las sienes,
que es verdad que no cabe en cualquier río,
me trae a mal traer... Y aquí me tienes

contándole una historia a los desiertos,
machacando la vida en hierro frío,
hablando de la muerte con los muertos.

Lo sabe el corazón. Que no se diga
que el corazón no sabe lo que tiene.
Sobre su propia muerte se sostiene
pero la sangre a veces se fatiga.

Cansado y todo dice Dios que siga
habitando el vacío, que se llene
de noches y de nada... Mientras viene
uno se echa a dormir. Pereza obliga.

Con la genealogía de los trinos
cantando está la antigua voz del arte
a la insegura sombra de la suerte,

la memoria se llena de caminos
pero no llegaré a ninguna parte
con este corazón de mala muerte.

El poeta pide por su voz

La voz es la esperanza que se amasa
con sangre de silencios y de ruido,
miedo sonoro, porvenir de olvido,
perro ciego en la puerta de mi casa.

La voz es una llama que fracasa
con su rojo propósito aterido;
en los labios estaba y se ha perdido,
que venga Dios a ver lo que le pasa.

¿A dónde irá mi voz con su estatura
mínima y luminosa de vilano?,
¿quién le presta las alas para el vuelo?

Procure yo en su frágil andadura
que el aire me la lleve de la mano
y Dios no quiera que se caiga al suelo.

EL EMBARCADERO

(1958)

El embarcadero

Baja está la marea —solo queda
agua para un naufragio—.
Tiene frío
el mar atardeciendo.

Sopla un viento muy poco decidido.

En la lista de embarque
me miro.

¿Quién escribió mi nombre?
¿Por qué lo hizo?

(Cualquiera sabe,
a lo mejor estaba escrito.)

Debe haber mar de fondo: todos llegan
y se van a otro sitio.

De esta orilla se parte.
Esto es solo el principio.

«Se prohíbe varar embarcaciones…»

No hace falta decirlo.

Alta mar de otro tiempo

Entrar en ti como en un parque solo
o como entra un cuchillo por el agua
quedándose doblado.

Pensarte
es un niño que juega siempre a oscuras,
una nieve cumpliendo su lento cometido.

Recuerdo que en tu boca sucedían palabras
y que a veces tus manos recogían
un fragmento de sol escrito en las aceras
o señalaban esa gota trémula
que el aguacero olvida en la hoja verde.

No es fácil recordar y sin embargo
recuerdo que podía entrar en ti
igual que entra un cuchillo por el agua,
lo mismo que en un parque si está solo.

Aviso urgente a los navegantes

La mar es un esfuerzo hereditario,
una viña varada por el puerto.
Un arrepentimiento azul, diario,
por tanto y tanto marinero muerto.

La colecta del llanto se establece
en estos territorios removidos
mientras el mar sin nadie se adormece
contando pasajeros sumergidos.

¿Dónde empieza la mar?, ¿dónde termina?
Uva sin fin, pradera emocionada,
campamento de Dios, estambre y mina
para la flor y el cobre de la nada.

Que nadie esté seguro si navega,
que ya no existen ángeles barqueros.

Grumete: mira bien a ver si llega
una nueva flotilla de pesqueros
y avísale a la gente de la brea.

Grumete: si están vivos todavía,
cuéntales de la mar y la marea
por si pueden cambiar de travesía.

La esperanza del mar ha naufragado
dentro del hondo azul de su paisaje:
aviso a todo aquel que esté embarcado
y a la navegación de cabotaje.

Aviso a todo aquel que esté en la vida
y sienta tentaciones de guardarla:
la muerte es una vela bien henchida,
¡nadie puede vivir para contarla!

Sé el cuaderno del mar hoja por hoja;
quiero avisar a aquel barco pesquero:
la rosa de los vientos se deshoja
en las manos saladas de un torrero.

Un torrero de luces indecisas
que vive por la altura de su faro
mirando entre las barcas y las brisas
eso que nunca puede verse claro.

Canción 1

Por la mar chica del puerto
andan buscando los buzos
la llave de mis recuerdos.

(Se le ha borrado a la arena
la huella del pie descalzo
pero le queda la pena.

Y eso no puede borrarlo.)

Por la mar chica del puerto
el agua que era antes clara
se está cansando de serlo.

(A la sombra de una barca
me quiero tumbar un día;
echarme todo a la espalda
y soñar con la alegría.)

Por la mar chica del puerto
el agua se pone triste
con mi naufragio por dentro.

Canción 2

Risa, mujeres, agua…
cuando yo me haya ido,
de eso tendré nostalgia.

Yo no tengo madera
de santo ni de barca,

(Cuando yo me haya ido
—qué triste que me vaya—
de esta madera mía
que hagan una guitarra.)

Canción 3

El poeta

Ponerle puertas al llanto;
eso era lo que quería,
ponerle puertas al llanto.

De tanto nombrar las cosas
se iba quedando sin nada,
de tanto nombrar las cosas.

Darle palabras al viento
era lo único que hacía,
darle palabras al viento.

Hablaba de la esperanza,
nunca hablaba de la pena,
que hablaba de la esperanza.

Por más vueltas que le daba
nunca supo a qué venía,
por más vueltas que le daba.

Canción 4

El poeta habla por soleares, de
la resurrección de la carne.

Cuando termine la muerte,
si dicen a levantarse,
a mí que no me despierten.

Que por mucho que lo piense,
yo no sé lo que me espera
cuando termine la muerte.

No se incorpore la sangre
ni se mueva la ceniza
si dicen a levantarse.

Que yo me conformo siempre,
y una vez acostumbrado
a mí que no me despierten.

Canción 6

Bajamar de la desgana:
las olas cerca de mí,
yo lejos del agua clara.

Bajamar de la desgana.

Limito al norte con nadie
y al sur con Málaga.

Amante del agua clara,
de tanto pensarte tengo
la sangre de las estatuas.

Bajamar de la desgana:
las olas cerca de mí,
yo lejos del agua clara.

Canción 11

El horizonte

Si un día se incorporara,
cansado de estar tendido,
¡qué asombro en el agua clara!

Si un día se incorporara.

Hasta puede que llegara
cerca de Dios aburrido
si un día se incorporara.

Soneto para pedir tiempo al tiempo

El tiempo es un camino para andarme.
(No te engañes. Morir, ay, para ver. Te
quedarás solo, a solas con tu suerte).
Yo me he echado a dormir para vengarme.

Porque sé que no debo entusiasmarme
con cosas que se acaban en la muerte,
estoy soñando. Cuando me despierte,
no sé si habré hecho bien en despertarme.

El tiempo, con su escaso presupuesto,
se nos va a cada paso, mientras arde
como una rama seca todo esto.

Siempre un reloj aprieta, nos ahoga,
nos coge por el cuello un día y tarde
o temprano nos cuelga de una soga.

Soneto para pedir por mis manos

Andan cerca de mí; solo un momento
antes que el corazón, casi a mi lado.
Han nacido conmigo, a mi cuidado;
se mueven al sudeste de mi aliento.

Cada vez que hablo os digo que las siento
hablar en mi favor. Acostumbrado
me tienen a su peso, a su cansado
modo de repartirse por el viento.

Yo las quiero. Me sirven bien. Y os juro
que han querido tocar hasta el misterio
y el techo del amor, a todo trance.

Un día llorarán. Estoy seguro.
Cuando se pongan a pensar, en serio,
en las cosas que estaban a su alcance.

Soneto para pedir por los hombres de España

Los que le dan al mar la arboladura
de sus sueños, su brújula viajera.
Los que cuentan las cruces de madera
mientras cavan su lenta sepultura.

Los que aprietan el hambre a la cintura
y en el ruedo pequeño de la era
lidian una pobreza de bandera,
más brava cada día y más oscura.

Gentes de la ciudad y del camino,
paciencia y barajar. España es grande.
Yo pido con los brazos bien abiertos

por el pan, por la lluvia, por el vino,
por que el toro de Iberia se desmande,
por que se encuentren cómodos los muertos.

Soneto para pedir por los amigos muertos

Yo los llevaba dentro. Los tenía
sobre mi corazón, como un emblema.
Cojo el recuerdo aquí, por donde quema,
por donde la esperanza más se enfría.

Estoy más agujero cada día,
más desierto y más loco con mi tema;
ellos me dan su luz como un sistema
apagado que alumbra todavía.

Se me ha quedado huérfana la mano,
por la mitad el vaso de mi vino,
sin lluvia mi terreno de secano.

Dan ganas de dejar todo por irse
a buscarlos. Conozco ya el camino:
se va por el atajo de morirse.

Las palabras

Donde más me conozco empiezan mis palabras.

Quiero escribirme
como se escribe el silencio en las piedras
o la lluvia en las frentes;
igual que el miedo al agua
en el embarcadero.

Quiero ponerle nombre a lo que va conmigo
y quedarme a vivir en ese nombre,
como se queda
en el barro cocido de una jarra
el resumen de un muerto.

Las palabras me llevan a la tristeza siempre.

Las amo porque guardan cosas mías:
antigüedad, amor, aroma..., incluso
los recibos del cuerpo que habitaron.

Ellas me obligan al recuerdo,
como un cigarro a solas.

Cuando las miro acaban por dolerme.

Pero ya digo que las amo.

Por ellas tengo días colgados por el pecho,
pájaros en la noche, amigos que ya no,
aniversarios cada tres minutos.

Desde el principio supe
que son iguales que el silencio,
a su manera.

Ahora están viniendo de puntillas
para que no les oiga la tristeza,
para que no se alarme el hombre al que delatan.
Llegan como un calor entre la sombra,
como un color en medio de la niebla.

Siempre son tristes las palabras
si están escritas.

Aunque suenen canciones por el puerto,
cantes del sur junto a la mar pequeña,
o abiertamente pidan
cosas que necesito más que el aire.

Pero vuelvo a decir que yo las amo.

Y sé que no resuelven nada y son inútiles
como ese número de teléfono
que se ha quedado en la memoria
y que no sirve
ni volverá a servir ya nunca
porque aquella persona a quien llamábamos...

Hay una mujer en el sur

Para escribir el nombre.
Para escribir, tan solo, el nombre,
me he puesto a recordarla, paso a paso.

Parece que la estoy viendo.

Recorro la extensión de su mirada,
toco su voz, sus manos,
miro sus pies, su piel, su pelo…

Sus ojos escuchando mucho humo en las iglesias,
su voz especialmente construida
para reprender niños con dulzura,
sus manos (llenas de indulgencias)
temblorosas y rojas como llamas,
su pelo como alberca cuando luna,
y sus pies hacia misa, muy temprano.

Tendría que ponerme sobre el pecho
un emblema de trapo, y ser humilde,
para poder hablar de su paciencia.

Para escribir el nombre la recuerdo.

Hay en el Sur una mujer muy buena
que honradamente espera, honradamente habla,
y cree, honradamente,
que el párroco es un hombre que sabe muchas cosas
y que tiene muchísimo talento.

Una mujer que vive todavía
y que se ha ido haciendo, poco a poco,
agua para geranios si no llueve,
y balcón de geranios para el que está en la calle,
y pan de su pobreza.

Acaso a nadie importe el nombre.

PLAZA MAYOR

(1961)

Plaza Mayor

Por los caminos últimos del agua,
por cada carretera polvorienta,
gentes de España.

Leñadores del viento,
tratantes de los campos de la patria;
todos los que crecieron en la aldea
mirando lluvia en la ventana.
Terratenientes de la luna,
jornaleros sin fin de la esperanza,
esperan que se crucen los caminos
y han puesto en las paredes la ancha espalda.

Por cada carretera polvorienta,
por cada acequia turbia de mañana,
por todas partes te he encontrado…

Plaza Mayor de España.

Salamanca

Cambiaría la luz, la vid, la sombra…
cambiaría la escarcha
de los campos dormidos,
el techo de las águilas…

Cambiaría la mano
con la que escribo estas palabras,
por una sola
piedra dorada
—tuya, mía, de todos—
de Salamanca.

Corto piropo a todo el Cantábrico

En esta orilla
se acaba España
¡Qué bien termina!

Algas marinas,
flotando, copan
sus cuatro esquinas.

En toda línea,
el horizonte
se difumina.

Y una llovizna
compensa al mar
su agua perdida.

En esta orilla
España deja
sus tierras íntegras.

No es infinita
la pobre España
y aquí termina.
¡Qué bien termina!

Caminos vecinales

Caminos.
Hondos caminos
de cualquier parte.

De cualquier parte de la patria vienen
hondos caminos.
Caminos vecinales.

Andando, andando…
todo seguido
llego a tus heredades.

Por el Guadalquivir o por el Esla,
por el Ebro valiente,
circula sangre.

Sangre de cien caminos
y caminantes
de la patria de polen y de pana,
por los hondos caminos vecinales.

Vuelta a la mar de Málaga
(Rincón de la Victoria)

Vine a la mar dudando si estaría
donde yo la dejé: junto a la raya
donde la espuma eventual acalla
su antigua discusión con la bahía.

Llegué a la mar. Estaba todavía.
Ella lo mismo y yo distinto. Vaya
una cosa por otra y, por la playa,
vayan las dos en busca de aquel día.

Vine a la mar y me encontré en la arena
—niño llevando cubos a la pena
y palas a la orilla del verano—.

Me hice a la mar, estando hecho al recuerdo,
por perderme otra vez como me pierdo
junto al que fui, cogidos de la mano.

Frente a frente

A Fernando Suárez

Es cosa de mirarse frente a frente
en tu terrestre espejo cada día.
Es cosa de decir: yo te querría
si te fueras haciendo diferente.

Faltan brazos y pueblo. Sobra gente.
Dicen que no hay manera. Pero habría.
Ruedo ibérico. Sangre en romería.
La piel de un toro de cuerpo presente.

Te estoy diciendo, España, que te cuides.
Nadadora de tanto y tanto río,
a ver si aprendes a guardar tu ropa.

Por lo que quieras más, no te suicides.
Yo digo: ¡qué país!, y luego: ¡el mío,
dejado de la mano de su Europa!

CIUDAD DE ENTONCES

(1962)

Carnet de identidad

Nadie avisó. Más tarde o más temprano
se supusieron que lo aprendería.
Nadie me dijo: riega a la alegría,
los muertos son terreno de secano.

Todo lo que me importa está lejano.
Si yo hubiera sabido a qué venía
os juro que vivir —yo que sabía—
no me hubiera ganado por la mano.

Me dijeron vivir a quemarropa:
siglo XX —acordaron—, en Europa,
en Málaga, en enero y en Manolo.

Todo lo dispusieron: hambre y guerra,
España dura, noche y día, tierra
y mares… luego me dejaron solo.

Amanece

La claridad del día es compatible
con todos mis errores.

Al fin y al cabo, a mí lo que me pasa
—oscuridad, errores, sed de entonces—
se debe únicamente
al hecho involuntario de ser hombre.

¿Por qué se pone pálido este día?
¿Sabe que ha de morirse por la noche?

Sale el sol para todos los tejados.
Amanece otra vez para las torres
y los balcones, para las iglesias
tranquilas donde animan a los pobres,
para la acera malgastada y viva
que casi no recuerda lo de anoche...

Hoy es siempre otro día
y el corazón lo reconoce.

Muchacha en una bolera

La vertical, dispuesta cetrería
se inicia por impulso de su mano;
inmóvil caza en el jardín cercano
solicita al final su puntería.

Todo se echa a rodar con su alegría
si rueda un mundo que es por ella humano.
Diez arbustos florecen en el llano,
pero viene a talar la geometría.

Anima su portada el «Vogue» cuando
se derrumban los bolos sollozando,
elástica criatura siglo XX.

Y ríe Cristian Dior cuando se inclina,
morena de «bayón» y de piscina,
femenino discóbolo viviente.

El ring

A Ignacio Aldecoa

Doce cuerdas limitan el coraje.
Los mineros del «crochet», la valiente
población del gimnasio, sangra y siente
bajo el fuego sagrado del voltaje.

Cuatro onzas en los guantes y vendaje
duro. Alta tensión. Aire caliente
de K.O. y cigarrillos… De repente
ha cuadrado la furia su paisaje.

Perfiles de moneda desgastada
cita el gong con su aguda campanada.
La luz del cuadrilátero ilumina

jóvenes gladiadores golpeando,
el esfuerzo y los músculos poblando
el país del sudor y la resina.

Soneto para acabar un amor

He quemado el pañuelo, por si acaso
se pudiera tejer de nuevo el lino.
Le sobra la mitad del vaso al vino
y más de media noche al cielo raso.

Tenía que pasar esto. Y el caso
es que estando yo siempre de camino
y estando tú parada, no te vi y no
me ha cogido el amor nunca de paso.

Puede que salga a relucir la historia
porque nunca se acaba lo que acaba,
que se queda a vivir en la memoria.

Echa a andar el amor que te he tenido
y se va no sé dónde. Donde estaba.
De donde no debiera haber salido.

Radiografía

A Salvador Jiménez

Detrás del bien urdido parapeto
de músculos, tejidos y alegría;
tras la provisional cristalería
de las venas, reside, hondo, el secreto.

¡Qué vocación de muerto en mi esqueleto!
En el cliché de la radiografía
he visto al que seré —quién sabe el día—
el día en el que Dios me ponga el veto.

Me vive en la extensión roja y espesa
un vertical difunto ensimismado,
un huésped mineral de la ternura.

No es que me importe, pero qué sorpresa
que me flote en la sangre un ahogado,
que esté de pie y que tenga mi estatura.

Como una oración

A Paula

Creo en Dios Padre, Todopoderoso,
creador del cielo y de la tierra,
inventor de los hombres;
que hizo los pájaros azules,
la nube, la nevada, el río y toda
la familia del agua.

Creo en su única herencia
enterrada en el barro con la ayuda del viento.

Creo en un cielo grande
—Van Gogh lo está pintando de amarillo—
donde puedan mezclarse suicidas y alfareros.

Creo en la abolición de la pobreza,
en la reunión del mar y en el milagro
del tiempo y de los peces.

Creo en la resurrección de las espigas,
en el reparto de la lluvia
y en la felicidad del niño aquel
que se ahogó en la alberca.

Creo en la vida perdurable,
en la unión de los llantos,
en el perdón de lo soñado
y en que después de nuestra muerte
empezará la Edad de las Respuestas.

ANOCHECER PRIVADO

(1983)

Este jueves depende de tu boca

Este jueves depende de tu boca.
Debes cuidarlo igual que un parque a un niño,
como cuida el otoño cada hoja
y le procura el aire necesario
para que se reúna con las otras.

Mira este jueves. No lo sabe. Míralo
acercarse a nosotros entre sombras
y ocupar la ciudad como un ejército
que no pensara nunca en su derrota.
Será jueves en todo. Está de paso
pero quiere vivir de luces propias.
Entrará en la oficina de mañana,
a mediodía contará sus horas
y se quedará al norte de las cartas
que desde que se escriben son remotas.
Mira cómo se acerca hasta nosotros:
viste de azul y herencias sigilosas,
establece su número y su luna
¡el tiempo siendo jueves en las cosas!

Cuídale tú que puedes, no le dejes
que tal día haga un año en la memoria.
Mira cómo se acerca a la ventana
sin saber que depende de tu boca.

Para pasar un día con nosotros
ha salido este jueves de sus sombras.

Yo tuve el corazón capaz de lluvia

Yo tuve el corazón capaz de lluvia.
Ocurría febrero con sus alas
y el tiempo digital nos puso juntas
las manos. Y los ojos y los cuerpos:
toda la tierra que el amor excusa.

Igual que el viento en las banderas altas
se comportó en nosotros esta música.

Me fui quedando acompañado y cierto,
entendido en los bosques de mi jungla,
leñador orgulloso de raíces
que pensaban estar por siempre ocultas.
Lo de siempre se puso a ser distinto:
el mar entero cupo en una urna,
el hielo de los vasos provenía
de una lejana nieve, nuestra y única,
mis manos migratorias se quedaron
a vivir en tu tierra más profunda
y en mi boca, de siempre descontenta,
dimitían de pronto las preguntas.

Presenciadas por dos cambian las torres,
la muerte aplaza sus gestiones últimas
y estar vivo se agita y condecora
igual que el mar sin árboles ni tumbas.
La muerte es como un libro o un espejo
donde uno mira y mira sin ver nunca.

Ven cerca. Más. Que entre los dos no quepa
ninguna muerte ni ninguna duda.
Te hablo desde febrero y desde siempre:
sabemos del amor por lo que alumbra,
por lo que tuerce y acrecienta y rige,
por su forma de andar en la penumbra...

Y así, sobre semanas perseguidas,
izamos con esfuerzo nuestra luna.

En busca de una persona

En busca de una persona
he sido por las calles
con perros y con palomas.

La he buscado por el parque,
detrás de cada palmera
y en cada hueco del aire.

Cerca de la catedral
y en el humo de los barcos
que se acaban de marchar.

Cien ojos por la Alameda
—en busca de una persona—
y mil pasos por la acera.

Llego de noche a mi casa.
Los perros y las palomas
me están mirando con lástima.

SUR, PAREDÓN Y DESPUÉS

(1984)

No sabe el mar que es domingo

No sabe el mar que es domingo.
Se relevan, inmortales,
las olas a cuerpo limpio.
Cada vez que muere alguna
la misma ocupa su sitio.
No sabe el mar que es un náufrago.
Sin reloj y sin amigos,
el mar flota sobre el mar,
ni cómplice ni testigo,
ensimismado en su azul
y ajeno, como Dios mismo.
Mientras va y viene en la orilla
no sabe el mar que lo miro.

He venido a buscarme

He venido a buscarme.
Hay un niño extraviado
en medio de la calle.

(Calle de la Victoria,
Plaza de la Merced.
La mitad de mi historia
ni yo mismo la sé).

Su cintura de corcho
en los Baños del Carmen
y el mar de aquel entonces
nadando en las postales.
Por mucho que me cueste
yo tengo que encontrarme.
Al viento que era mío
no se lo lleve el aire,
quisiera respirarlo
antes que fuese tarde.

Hay un niño extraviado
y he venido a buscarle.
No puede andar muy lejos
porque esta era su calle.

(Calle de la Victoria,
Plaza de la Merced.
La mitad de mi historia
ni yo mismo la sé).

Lo que tenga que pasar

Lo que tenga que pasar
hace mucho que ha pasado.
El tiempo se ha vuelto atrás.

El tiempo se ha vuelto atrás
y ya no hace lo que hacía
cuando era menor de edad.

Cuando era menor de edad
el tiempo se parecía
a la lluvia sobre el mar.

ESTE VERANO EN MÁLAGA

(1985)

Este verano en Málaga

Este verano en Málaga
recorrí mucho mundo
a la vera del agua.

Que a mí no me hace falta
para andar los caminos
moverme de mi casa.

Este verano en Málaga
lo he visto todo claro
a fuerza de distancia.

De la mano del agua
recorrí mucho mundo
este verano en Málaga.

Sentado en la terraza
se agranda el horizonte
y se achican las barcas.

Que este verano en Málaga
recorrí mucho mundo.

El mar no puede morir

El mar no puede morir.
Se quedará navegando
aunque no haya nadie aquí.

Que no, que el mar no se muere,
que no se puede morir.
Seguirá que va y que viene,
yendo y volviendo a venir
cualquiera sabe hasta cuándo.
Hasta que encuentre por fin
la playa que está buscando.

Él no se puede morir.
Se quedará navegando
cuando no haya nadie aquí.

Si otros no buscan a Dios

A Alejo García

Si otros no buscan a Dios
yo no tengo más remedio:
me debe una explicación.

Suelo primero del parque

Suelo primero del parque,
ramas de brazos cruzados,
estaba el puerto tan cerca
que soltó amarras el campo.

Disfrazada de gaviota,
la paloma de Picasso
se bajó de su palmera
y se fue a vivir a un barco.

Navegaron los almendros.
Se hizo a la mar Gibralfaro.

Soles rendidos del parque,
agua de brazos cansados,
todo el que vuelve a su sitio
encuentra por fin su rastro.

Plomo de tiempo en el ala,
la paloma de Picasso
disfrazada de gaviota
deja la mar y los barcos.

Por el mar y por el puerto
confunde el mástil y el árbol.

Luces últimas del muelle,
agua de brazos cruzados,
estaba el tiempo tan cerca
que soltó amarras el llanto.

Donde da la vuelta el puerto
alguna vez me fue dado
mirar al niño que fui
y llevarme de la mano.

La Plaza de la Merced
se llenaba de balandros.

No digo que sí o que no

No digo que sí o que no.
Digo que si Dios existe
no tiene perdón de Dios.

No digo que no o que sí.
Digo que me gustaría
que Él también creyera en mí.

Yo no le guardo rencor.
Si lo encuentro alguna vez
nos perdonamos los dos.

Con el campo entre dos luces

Con el campo entre dos luces
se puso a soñar un día
que era de los andaluces
la tierra de Andalucía.

(Su bandera blanca y verde:
la luna en el olivar
que verá cuando despierte).

Soñaba a la luz del día
y cuando se iba la luz
su sueño ya lo sabía
el pobre pueblo andaluz.

(Un hombre de tantos sueños
tiene derecho a mirar
cómo despierta su pueblo).

No pensar nunca en la muerte

No pensar nunca en la muerte
y dejar irse las tardes
mirando cómo atardece.

Ver toda la mar enfrente
y no estar triste por nada
mientras el sol se arrepiente.

Y morirme de repente
el día menos pensado.
Ese en el que pienso siempre.

Ponte una mano en el hombro

Ponte una mano en el hombro,
olvida todo lo antiguo
y perdónate tú solo.

Mírate fijo a los ojos,
sostén tu propia mirada
y perdónatelo todo.

Yo puedo perder el tiempo

No puedo perder el tiempo,
que el tiempo que se me pierde
sabe buscar a su dueño.

Yo puedo perder el tiempo,
que el tiempo que yo he perdido
suele volver con el tiempo.

Donde da la vuelta el viento
quise dejarlo olvidado
y él me siguió como un perro.

Averigua quién te dio

Averigua quién te dio
esas ganas de morirte.
Ha tenido que ser Dios.

Ha tenido que ser Dios
un día que estaba triste.
No tiene otra explicación.

Viendo a la muerte venir

A Jorge Guillén

Viendo a la muerte venir
se me fue pasando el tiempo,
ese principio del fin.

Nunca podré comprender
por qué el lento porvenir
ha sido cosa de ayer.

Que a mí se me pasó el tiempo
que me quedaba de vida
desde su mismo comienzo.

Solo se me ocurre a mí
pasarme toda la vida
viendo a la muerte venir.

Le gustaban pocas cosas

Le gustaban pocas cosas:
el alcohol y las ventanas,
el mar desde una colina,
el mar dentro de la playa,
el olor de los jazmines,
los libros de madrugada,
el sol, el pan de los pueblos,
Quevedo, recordar África,
las noches y los amigos,
el verano y tus pestañas.

Excusas a Lola

Si yo no te dijera todo esto,
andando el tiempo, alguien te lo diría.
No te puedo mentir a ti, hija mía.
Mira mi corazón: lo llevas puesto.

Siempre tuve un pequeño presupuesto
para el amor. En la melancolía
se me fue lo demás. Si todavía
quedaba algo lo eché en vivir. El resto.

Más vale que lo sepas por mí. Era
bueno y malo lo mismo que cualquiera
pero sospeché un aire diferente

y ante ti a veces me sentí culpable
de que vivir no fuera navegable
y te pedí perdón desde mi frente.

Al ruido del agua en un cántaro que fue de mi abuela

En esta jarra escucho la tormenta.
Un siglo sigiloso se incorpora
y por la cóncava oquedad sonora
vacío de semanas se presenta.

Viento de ayer para tenerlo en cuenta,
que al aire le llegó su última hora.
Oigo un antepasado que me llora,
que me llama en el barro que él sustenta.

Tan poco fue este cántaro a la fuente
que nunca pudo ni llorar a mares
ni trasladar un trecho azul de río.

Los años le llevaron la corriente.
Cuando recuerda soles y olivares
le late el corazón de regadío.

Abderramán III, poco antes de morir, hace confidencias

A Juan Antonio Vallejo-Nájera

También en el dolor fui más. Lamento
deciros con retraso que yo era
un alfanje sin fin y una manera
de aceptar mi interior derrocamiento.

No quise divulgar mi sufrimiento
por no haceros la envidia llevadera.
Nadie me conoció más que por fuera,
como al alto ciprés conoce el viento.

El laurel fue costumbre de mi frente,
la mujer de mi noche, el inminente
jazmín bajó los astros a mi lado.

Todo lo tuve. Cuanto el cielo abarca.
Recordad siempre al más feliz monarca:
Abderramán III el desdichado.

Niño del 40

A Piero Tedde Lorca

Una luz por el parque y el pitido
de un barco que se fue, que se está yendo.
Una luz que conozco y que comprendo
y un barco que partió y que no se ha ido.

Palomas. Y biznagas que han querido
serlo para volar. También lo entiendo:
ser otro y ser lo que estuvimos siendo.
Acaso alguna lo haya conseguido.

Un tranvía de sol con jardinera
y en los Baños del Carmen gran carrera,
concurso entre sirenas y delfines.

No se estaba ya en guerra aquel verano,
mi padre me llevaba de la mano,
yo estudiaba segundo de jazmines.

II. ARTÍCULOS Y COLUMNAS

Pablo VI, en Harlem

(*Ya*, 5 de octubre de 1965. Premio Luca de Tena)

El «Pájaro del Alba» sumergió las imágenes en el vertical estanque de los televisores y vimos Nueva York y su huésped desde el cuarto de estar. Antes de las tres de la tarde, un Douglas DC-8 llegó al aeropuerto John F. Kennedy. Una mano incansable —la mano derecha de un hombre de sesenta y ocho años— se estableció en el aire neoyorquino. Arriba, abajo, a la izquierda, a la derecha del viento de la «ciudad mecánica» de Paul Morand, en trayectos cortos, una mano regalaba cruces invisibles. Cruces hechas solo de atmósfera. (Antes, desde el avión, el dueño de esa mano había saludado continentes.)

Problema blanco en Harlem: una sotana alba. Problema de amor. Hablen otros de la significación y la trascendencia del viaje, de su aportación a la paz del mundo. Dejadme a mí esa mano ocupando el aire de Harlem, entre aclamaciones satinadas, por encima de la calle 100. Dejadme la sotana blanca entre el golpeado betún de los «ghettos» negros, y allá, por Little Spain, donde los puertorriqueños perpetúan la fabla de los conquistadores. Veintiséis mil policías estaban atentos, pero uno repara más en la sonrisa televisada de los inquilinos de Harlem, patria de Joe Louis y de infinitos «puncheurs» de color, tarima del «jazz». El relámpago blanco de muchas sonrisas discriminadas correspondía a la mano derecha del visitante, que paseaba por Harlem como Pedro —«Tu es Petrus»— por su casa. Entre futuros campeones del peso «welter» y ases de la trompeta dorada. Por encima de la calle 100.

Una fuerza desarmada, blanca de paces intemporales, se ha detenido durante unas horas en la ciudad azacanada y babélica. Manhattan Transfer: Versos largos, salmodiantes y paganos de Walt Whitman. Junto a las piedras jóvenes del Empire, la piedra —«Tu es Petrus»— angular de la cristiandad.

Conversación con Johnson. Una «jerarquía inerme» y el presidente de los Estados Unidos. De un lado, el tejano que juró su cargo en el aire, el rector

de la primera potencia mundial. De otro, el lombardo que influye en los corazones.

—El mundo espera y busca la paz, necesita la paz, pide paz…

Hablen otros de la trascendencia histórica, del alcance de la conversación, entre el sustituto de aquel joven, armado de sonrisa y valor, que se llamó Kennedy y el sucesor de aquel anciano bonancible que fue Juan XXIII. Dejadme a mí —¿cómo no se le cansaba la mano?— las bendiciones en el barrio negro, sobre la calle 100 y sobre los colores, de las humanas epidermis.

Un Pontífice itinerante ha pasado unas horas en Nueva York. Por todos los caminos se vuelve a Roma. El «Pájaro del Alba» nos metió en el ventanuco de los televisores su imagen, y la de los negros con esperanza, y la del presidente Johnson. Un hombre de sesenta y ocho años ha ido en un Douglas DC-8 para hablar de paz y mover la mano derecha en el aire encañonado entre rascacielos. El mundo tiene muchos problemas y hace preguntas. Él da el cayado por respuesta.

Última hora: César González-Ruano

(*Ya*, 16 de diciembre de 1965)

Creo que es lo que más te gustaría. Creo que, sin ganas, debo hacerlo. A ti te «quedaban bien los muertos», y yo he aprendido mucho de ti, entre otras cosas, que se es escritor como se es pelirrojo: porque sí. Ayer, cuando tú morías, no pocos españoles estaban haciendo lo mismo de todas las mañanas: desayunar café con leche y César González-Ruano. Yo debo escribir sobre ti y no puedo llorar hasta que acabe.

He ido saltándome semáforos hasta Ríos Rosas, 54. Siempre te ha gustado oírnos hablar, pero hoy te has callado mucho. No estabas en la butaca grande, donde hubieran cabido dos Césares si tú fueras repetible. Mira, te lo quiero contar. Estabas en la cama con las manos cruzadas y una cruz grande de madera en el pecho. Al norte de tu «cuarto de pulmón». No estaba encendida la chimenea. Fuera, acechaba la niebla y la casa empezaba a llenarse de gente.

Cuadros, cachivaches, llaves orinientas en la pared del cuarto chico. Llaves de portal o de la caja de Pandora. Cabezas de muñecas, como si hubiera llegado el Herodes de los bazares.

Cuando yo llegué, César, estaba el cura Polo; Viola, más ronco que nunca; Félix Centeno y más gente con un peso en el pecho. Cuando abracé a Mery, la niebla de la calle trepó hasta los ojos. Cosas de diciembre, marqués.

Llega Camilo y, poco después, llorando, Rafaelito Penagos. Ya sabes: hay gente que se muere y gente que se nos muere. Tú te nos has muerto. Creíamos que no, que con eso de «la mala salud de hierro» ibas a durar siempre; sabíamos que si no eras «inmortal» de academia –te regatearon el sillón quizá para que pudieras mantenerte esbelto por dentro y por fuera–, eras inmorible. Y no. También se mueren los mosqueteros, aunque hayan escrito por la mañana.

–No hay nada más burro que la crítica. Tardarán unos diez años en darse cuenta de lo que era este hombre para las letras españolas –dice Camilo.

Llega Luis de Castresana. Manolo Viola relee el párrafo último del último artículo tuyo. Se habla de la funeraria, de la hora del entierro, de todos los trámites de última hora. La perrita ésa absurda –la que dio el espectáculo en el hotel Miramar de Málaga la última vez que estuvimos de viaje– la han trasladado al piso de arriba. Debe olfatear tu ausencia y aúlla. La oímos en el silencio que se hace de pronto también entre los que vivimos todavía.

¿Dónde quedan las pequeñas cosas, César? ¿Tu grandeza de manías, tus gustos difíciles, tu eterna escolaridad en tercero de violetas? A abriles, a alcobas, a viajes, le llaman vivir.

–Le tenemos que poner un telegrama a Salvador Jiménez –me dice Penagos.

–Yo no le doy esa noticia, Rafael.

Así ha sido tu muerte por fuera: una cruz en el pecho, unos amigos llorando, una perrita que aúlla en el piso de arriba. Eso y un boquete. Y un luto largo en las hemerotecas.

Nadie más entrenado para morirse al borde de diciembre, entre nieblas y claridades, cuando las castañeras van a dimitir de las esquinas y tu amigo Maugham agoniza despacio en Niza.

En el suelo hay un paquete de libros tuyos: «Las palabras quedan». Más que un título me parece un «slogan».

Te lo digo por si te sirve de consuelo. Ahora que ya lo sabes todo. Ahora que lo que era de César es ya de Dios.

Crisis de ricos

(*Arriba*, 4 de febrero de 1971)

Los países pobres se pueden permitir pocas cosas, pero entre ellas está el hecho enorgullecedor de contar con gente muy rica. Cuando una sociedad alcanza un alto nivel de desarrollo se igualan los ciudadanos y, como todos poseen lo indispensable para comer y lo preciso para las necesidades superfluas, adviene una cierta monotonía. Cuando la gente gana para el pan y para el aperitivo se dulcifica un tanto y «pierde ideales». Al disminuir sus instintos agresivos baja su capacidad de «vibrar» y se hace mucho más laborioso para los manipuladores de la colectividad reclutar personas dispuestas a intervenir en empresas azarosas.

Se deduce de lo anterior, en el supuesto de que sea aceptado, que la pobreza es aprovechable. (Al parecer, hay virtudes que solo se instalan en los hogares pobres. Costumbres vitales tan honradas como demagógicas que desdeñan socráticamente los ámbitos lujosos y muestran predilección por los sitios humildes y por las cotidianas andaduras). Tantas virtudes capitales se hospedan en la pobreza que más de una vez hemos compadecido a los ricos de solemnidad. Son tan desdichados que no podrán pasar por el ojo de una aguja y esta incapacidad pecuniaria para realizar números circenses les ocasiona horribles sufrimientos. Ser rico, a juzgar por las declaraciones de los que lo son, lleva aparejadas una serie de lamen tables servidumbres y es una situación muy difícil de soportar. Gracias a Dios, en nuestro país, para hacer más llevadera la carga, la riqueza se transmite de generación en generación. Solo siendo un rico congénito y estando atávicamente adiestrado para sufrir el agobiador peso del dinero puede conseguirse el buen color que, generalmente, ostentan.

Afortunadamente, en España hay pocos. Por lo menos, de un modo oficial. Según una inefable noticia de Pyresa, solo ocho mil compatriotas se encuentran en la abrumadora situación que supone gastar más de un

millón al año. Únicamente ocho mil españoles rebasan la cifra redonda, prestigiosa, hermosísima...

La declaración de renta sobre «las personas físicas» corresponden al año 1969, pero esta circunstancia en nada altera las cosas porque, como se sabe, nadie logra en un año avances legítimos tan espectaculares. Hay que compadecerlos. Son una pequeña minoría rica –a la minoría rica siempre– llena de responsabilidad, agobiada por las obras de beneficencia, sabedora de que sobre sus espaldas descansa buena parte de la economía nacional. ¿Por qué gravar sobre ellos nuestro régimen fiscal?, ¿qué son ocho mil personas en un país de treinta y tres millones? No hay por qué molestarles con gravámenes, controles, inspecciones. Son tan pocos que lo único que tenemos que hacer con ellos es enseñarles, exhibirles, mostrarles en público y pedirles autógrafos. En cambio, pobres hay muchos. Ellos sí que pueden aportar. ¿Qué más les da –qué menos les da– una pequeña disminución en sus salarios?

Solo ocho mil personas que ganan más de un millón al año. Esa es la verdad porque está escrita y proclamada. No se fíe nadie de las falsas apariencias, de las fincas de hectáreas y hectáreas, de los yates, de coches suntuarios, los chalets y otras pamplinas. Nadie gana más de un millón al año, salvo esos ocho mil beneméritos ciudadanos. Los demás, acaso, se favorecen eventualmente de la llamada «institución sobre», pero lo que se dice en nómina no rebasan el guarismo. ¿Quién puede demostrar lo contrario? El dinero exige pudor y quizá haya otras personas que rebasen la cifra, pero una cierta vergüenza les impide confesarlo. Tienen tanta «conciencia social» que se muestran remisos a divulgar sus ganancias por no ofender a los beneficiados por el salario mínimo. Solo elogios merece su discreción.

Nuestra pobreza en ricos no debe acongojarnos. Luego viene la renta «per cápita» y nos iguala.

La mano izquierda de Picasso ya no tiene envidia

(*Arriba*, 10 de abril de 1973)

Se han quedado quietas, allá en Mougins, las manos de Picasso. La portentosa mano derecha que esgrimió los pinceles que ahora están, para siempre, en su panoplia de oro. Y la envidiosa mano izquierda, como una hermana desheredada, que miró con recelo a la infinitamente favorecida. Las dos manos de Picasso están ahora cruzadas y juntas. Ya son iguales.

El techo de la plaza de la Merced está siempre en plena época azul. De allí salieron los añiles vitalicios. De allí y del Mediterráneo. Un chavea malagueño se encontró una vez, andando descalzo por la playa, una de esas cañas que se vuelven lanzas para los «espetones». ¿Qué podía hacer?, ¿convertirla en batuta para dirigir la orquesta de los colores?, ¿transformarla en pincel? Hizo las dos cosas el niño Pablo, el viejo intemporal que acaba de morirse en la costa francesa, en plena juventud interior y con su nacionalidad intacta...

Hay un revuelo de palomas y unos ladridos de perros que tienen un amo Arlequín y desnutrido. En todos los museos los lienzos se han vuelto esquelas por unas horas, mientras los pinceles presentan armas o florecen, de pronto, como espigas. Las cabras de sus cuadros quieren tirar al monte a ver si encuentran allí al viejo fauno. La Pintura está de luto por el hombre que pintó las cosas como son, como debieran ser, como no serán jamás, como nos aterraría que fuesen. Por el hombre que se inventó un caleidoscopio llamado cubismo y se preocupó mucho de que una nariz le sirviera a dos personas y consiguió que llorara de pena la geometría en los rombos contritos de los trajes de equilibristas.

Se desmandan sus meninas insurgentes, las que el gran don Diego pintara llenas de compostura, y hay una mujer azul y planchadora que, al enterarse de la noticia en su cuadro, ha dejado en la ropa una quemadura en forma de corazón. ¿Por qué se tienen que morir las estatuas? Era el paisano su propio monumento. Un monumento que solía subirse a las más altas escaleras para pintar murales y para comprobar la fidelidad de los crepúsculos a la época

rosa. Era su estatua viva, hecha con raíces, con sarmientos, con sequía. ¿Por qué ha quebrado su varita el mago, el zahorí de los colores? Pensábamos, a la vista de sus últimas fotografías, que Picasso asistiría a los actos de «el primer centenario de Picasso». No le quedaban más que nueve años, pero sin duda le aburrían cada vez más los actos oficiales y decidió marcharse, lleno de salud y casi sin despedirse.

Se han cerrado los ojos que más han visto al mundo durante este siglo. Los ojos de Picasso. Esos ojos que eran como dos grillos del Camino Nuevo. («Siempre es todo ojos. No te quita los ojos. Se come las palabras con los ojos»). Se han cerrado los ojos más curiosos, más taladradores, menos negligentes que estaban abiertos en la tierra. Al final, pasarían por ellos en una revuelta zarabanda, las señoritas de Avignon y el num. 23 de la rue de la Boetie; el verano de Biarritz, un natural de Luis Miguel Dominguín o la herida que se llevó de este mundo a Guillermo Apollinaire. Habrá visto a Gertrudis Stein o a la destartalada butaca que estuvo en una esquina del estudio barcelonés de Ángel de Soto; a Stravinsky, a ese agente comercial Max Jacob o a su amigo Jaime Sabartés. Estaba allí Jacqueline, pero, ¿quién sabe si por los ojos de Picasso han pasado Fernande, Marcelle –a él le gustaba llamarla Eva–, Olga, Marie Thérese, Dora o Francoise...?

El caso es que se han cerrado sus ojos hambrientos y que están quietas sus manos. Yo creía que era inmortal y me acabo de enterar de que están quietas sus manos y se han cerrado sus ojos. «Tardará mucho en nacer, si es que nace...» mi paisano mejor se ha muerto, y yo creía que eso no iba a pasar nunca. Su mano izquierda ya no envidia a la derecha pero el mundo vale un poco menos.

Nuestro amigo Omar Khayyam

(*Arriba,* 14 de octubre de 1973. Premio del Concurso Nacional sobre el Vino)

Hace casi diez siglos que está viendo crecer las vides desde abajo y, sin embargo, seguimos brindando por él. Jamás hemos constituido una sociedad al estilo de «los amigos de Bécquer» o «los amigos de los castillos» porque creemos que eso de las amistades debe ser algo reciproco, y, desdichadamente, aquel remoto Anacreonte persa no puede correspondemos. Pero somos amigos de Ornar Khayyam, o Kheyyam, o Jayyam, o como quiera escribirse su nombre. Le recordamos muchas veces al abrir con respeto una botella de ilustre vino rojo y también cuando corre el vino blanco y lenguaraz de las mañanas en las pocas tabernas que nos van quedando. Esas tabernas democráticas y hospitalarias, con mostradores de cinc o de madera memoriosa, donde se inscriben las circunferencias de los vasos…

La palabra «taberna» sale mucho en las «rubaiatas». Se conoce que el clásico no era de esos acreditados pedantones «que se creen que saben porque no beben el vino de las tabernas». Y él sí que sabía cosas. Matemático y astrónomo, publicó un tratado de álgebra que seguía estando vigente durante el siglo pasado. En los ratos libres —cuando estaba ocupado bebía vino y escribía versos— se hizo médico y alquimista. Como además era arquitecto construyó algunas fortificaciones, y como estaba preocupado con el Tiempo, con mayúscula, inventó un calendario. Un gran tipo, de esos que entran pocos en siglo. Todo lo hizo muy bien, incluso las digestiones; pero solo nos quedan sus poemas. Una especie de metafísica etílica sigue aromando las páginas inmarcesibles:

Renuncia a todo
en este mundo:
fortuna, honores, poder.
Nada pidas ni desees,
sino vino, canciones, música, amor…

No es la suya una predicación desolada, ni mucho menos. Se puede ser escéptico y jovial al mismo tiempo. Además, él creía en algunas cosas

(«afecto, amor, comprensión; he ahí los cimientos de la vida») y sospechaba otras. Lo que postula es una suerte de realismo, y en vez de poner su esperanza en el más allá la ponía en el más acá. La presencia de Alá no la veía absolutamente clara; pero su agnosticismo de aquel entonces está lleno de vitalidad:

Los mercaderes de ilusiones

garantizan
que, a una gran distancia,
allá, en el más allá,
está lo que llaman Paraíso…
En homenaje a tantas maravillas
¡dame a borbollones
del vino color de rubí!

Color de rubí, o de sangre desleída, o de trigales arrepentidos, que cada uno tiene su tiempo y su ocasión. El vino ha alegrado, desde antes que nadie lo dijera, el eventual corazón del hombre. Y ya los chinos se anticiparon a nuestro lejano poeta y descubrieron que con tres copas ya se puede elegir una doctrina profunda. Ese leal saber y entender que todo puede ser mejor cuando se bebe, en amor y compaña, una botella que antes estuvo bien guardada. En los tristes países donde no hay vides rengloneadas y no hay cosechas ni brindis se le sustituye con líquidos que abrasan la garganta y que jamás fueron bendecidos. Pero el vino es insustituible. Nada produce sus comunicaciones y sus solidaridades. Por eso me he acordado hoy de aquel insigne adicto de hace casi diez siglos, porque he tenido que responder a una de esas encuestas donde nunca se pagan derechos de autor, en la que me preguntaban «con qué bebida me quedaría si tuviera que elegir una sola». Intenté explicar que no hay por qué limitar la misericordia divina; pero, puesto en esa tesitura, que de ningún modo deseo, no vacilaría jamás. Hay amores transitorios, pero hay un amor para siempre. Y uno, como cualquiera que tenga afición, se quedaría con ese milagro renovable y eterno que llamamos vino. Para parecerse en algo a Omar Khayyam, aquel viejo poeta que lo supo todo.

Alí es grande

(*Marca*, 12 de septiembre de 1974)

Si la nariz de De Gaulle supuso una bendición para todos los caricaturistas del mundo, la fotogenia de ese supremo «showman» que es Muhammad Alí, ex Cassius Clay, representa una fortuna para los fotógrafos. El apolíneo loco de Louisville jamás decepciona y donde llega él llega el escándalo. Se renueva siempre, sorprende, hace muecas, llora o ríe, pronostica el asalto de su victoria o el porvenir de su raza. Ya quisiera nuestro monótono Dalí poseer el sentido de la autopropaganda que caracteriza el ex campeón mundial. Su nombre es un cheque al portador y los empresarios lo saben, aunque también sepan que suele exigir un elevado tanto por ciento de las ganancias que procura.

La verdad es que Alí ha decaído en todo, salvo en su aptitud para interesar. Ya no es el mismo que triturara a Sonny Liston, pero sigue siendo idéntico al de su época mejor en cuanto a atractivo taquillera, y eso que en política se llama «capacidad de convocatoria». Ya no es aquella estatua de brea móvil que volaba como una mariposa y picaba como una avispa -han pasado diez años desde que conquistara el título mundial-, y su cintura tiene algunos centímetros excedentes. Tampoco sus brazos poseen ya la vertiginosa velocidad de los tiempos áureos, y Cassius Clay, como se sabe, jamás ha sido un «puncheur» nato, a pesar de haber ganado por k.o. treinta y una de sus cuarenta y cinco batallas. Su privilegio ha estribado siempre en la celeridad, la precisión, las piernas de bailarín, literalmente increíbles en un peso máximo, y su espléndido equipaje técnico. Muchos de los hombres que ha derrotado eran físicamente más poderosos que él, pero ninguno le aventajaba en imaginación ni en fe.

Está consumiendo ahora Alí las rentas de Clay. Sabe que ha llegado, a sus treinta y dos años, al capítulo final de su apasionante novelón. Catorce años de actividad profesional son muchos, aunque haya estado inactivo un par de ellos, porque en pugilismo no solo deterioran los combates, sino los entrenamientos. Lo lógico es que sucumba, como los exploradores de la

época romántica, en el corazón de África. «Estoy feliz de encontrarme en el Zaire —ha dicho al bajarse del avión—, tierra de mis antepasados, entre mis hermanos y hermanas». También ha dicho que la victoria no tiene ninguna duda para él. Son sus últimas locuacidades «avantmatch». En Kinshasa le espera esa apisonadora llamada Foreman, terrible y concienzuda. Lo normal es que el gigante tejano acabe con el Adonis de Louisville, pero hay poca lógica en boxeo y menos entre pesos pesados, donde un solo golpe puede ser decisivo. Pero, aunque acabe con él, no acabará con su leyenda. Jack Johnson recorre el mundo hasta destronar al judío Tommy Burns e inaugura el reinado de color. Después viene el «cow-boy» Jess Willard, y los dos grandes, Dempsey y Tunney. Se acaban los negros por una temporada: Schmeling, Sharkey, Camera, Baer... La recuperación de la supremacía oscura la logra Louis, que destrona a Braddock, y reina doce años. Después, salvo el interregno del sueco Johansson y la época de Rocky Marciano, todo ha sido para los hombres de yodo, especialmente dotados para el boxeo, sin duda alguna. Charles, Walcot, Patterson, Liston, Clay, Frazier y, ahora Foreman. Hace mucho tiempo que entre negros anda el juego. Y aquí tenemos a Alí, entre lanzas y tantanes, despidiéndose del cuadrilátero en el continente de sus remotos antepasados. Si encuentra allí la tumba pugilística nadie podrá decir con más propiedad que genio y figura hasta la sepultura.

Federico Muelas

(*Arriba*, 26 de noviembre de 1974. Premio Mariano de Cavia)

Se ha ido un intérprete, uno de esos pocos hombres que tratan de explicar esto. Era una especie de Quijote de entre semana, entendido en potingues y endecasílabos; tenía algo de padre prior y de benigno conde Drácula, cortés y dicaz, amigo de conjuros y amigo de amigos. Pudo ser muy bien el cuarto Rey Mago, el octavo sabio de Grecia, el decimotercer apóstol del Greco. Fue Federico Muelas. Apenas eso.

Pesan, entre otras, dos circunstancias penosas para los que andamos metidos en periódicos: escribirlos aprisa, leerlos tarde. El domingo, sobre las tres, supe que había tenido un derrame cerebral. Llamé a Conrado Blanco y nos fuimos al Clínico. «No hay nada que hacer», nos dijeron… Pero hay que hacer un artículo, un poema, una lágrima, un esfuerzo por recordar. ¿Quién puede meter, así, de pronto, a un amigo de veinticinco años en folio y medio? Además, él creía en la curación por la palabra y fue hombre de muchas palabras, un cicerone de todo, un lazarillo de sí mismo que hablaba y hablaba. Alguna vez le dije que, así como hay escritores que son conversadores por escrito, él era una especie de escritor oral. Con su aire de erudito tagalo, de penúltimo Premio Nobel de Física, Federico Muelas le reintegra a su Cuenca el terrón prestado. Era ya como un árbol ribereño, como una esquirla de cualquiera de sus piedras insurgentes, y sus ojos se habían entrenado mucho para cerrarse definitivamente.

Un inimaginable Federico Muelas silencioso me espera no se sabe dónde. ¿Cuántos viajes, cuántos versos, cuántas sobremesas —Federico se sentaba a la mesa solo por la sobremesa—, cuántos ratos en su habitación a oscuras? Cuando llegaba algún amigo al hocino él izaba una bandera blanca con el escudo familiar, una bandera come un trocito de estero entre los riscos, sobre el azul de metileno de los cielos altos de Cuenca. Y hablaba, hablaba. Cuando parecía que lo había dicho todo alzaba sus manos abaciales:

— En resumen…

La síntesis era siempre más larga que la tesis. Y Federico pasaba de la litología al urbanismo, de Fausto el escultor, a los anónimos Damianes, Lozanos, Carablancas y Teresillos de manos encallecidas que le pusieron muros al aire de Cuenca mientras se ganaban el pan. A veces, muy pocas veces, se le adivinaban las heridas. La espasmódica vida nacional le maltrató en los últimos tiempos, y los que ignoran que un villancico suyo va a durar más que sus jubilaciones le dejaron un poco sin sitio. Cuando él hablaba de eso su voz dejaba en el aire como una mancha ferruginosa. Pero no es así como quiero recordarle. Yo quiero al Federico mágico, al que tenía un vidrio verde hecho con agua concreta del Júcar. Un vidrio domo una insignia de menta. Yo quiero al Federico mágico, que proponía, de pronto, hacerle un monumento a la viuda del Soldado Desconocido o el que aconsejó, por escrito, a un terco polemista que se pintara los cuernos con purpurina. Yo quiero recordar al Federico que dibujaba Vírgenes y estrellas sin levantar el rotulador del papel y al que era capaz de decir en una reunión de cuatro amigos:

—Señores, brindemos por mí.

Brindo por Federico con mi lágrima urgente y mi copa. Lo peor que pasa con los muertos es que se siguen muriendo. Y lo vamos a echar de menos.

Tono

(*Arriba*, 5 de enero de 1978. Premio González-Ruano)

Me parece que fue en Peñíscola, donde él se escapaba últimamente. Alguien le dijo:

—Usted es de fuera, ¿verdad?

—Sí.

—Yo también —añadió aquel señor.

—Entonces somos paisanos —respondió Tono.

Es verdad que Tono era de fuera, del ignorado país de los hombres buenos, de un planeta apacible y burlón. Aquel señor que quería pegar la hebra con cualquiera notó que Tono era un ser de otro sitio que por alguna razón piadosa decidió pasar una larga temporada con nosotros y ayudarnos.

Teníamos un proyecto de fabada clandestina, con la circunstancia agravante de nocturnidad. Iba a venir con nosotros Mariano Tudela y no se lo pensábamos decir ni a Cloti ni a nadie. Es fácil comprender que con propósitos así no pueda hacer yo un artículo necrológico. Además, me pasan más cosas. Escribir es llorar, que decía el otro, pero yo lo estoy haciendo al mismo tiempo y os juro que es una lata. Cada cosa a su hora. Se ven las palabras emborronadas, como a través de un cristal esmerilado y hay que quitarse estas ridículas gafas que me he comprado para leer. Por otra parte, a Tono no hay que hacerle una elegía. En todo caso a los que nos quedamos sin él.

Va a ser imposible, a mí por lo menos no me va a dar tiempo, encontrar un hombre así. Tono nos mejoraba con su existencia. Era algo absolutamente confortador verle fumar o desplegar una servilleta o reírse y achicar los ojos llenos de chispitas invulnerables a la edad. Era el tío Antonio que hemos soñado siempre, benigno y lúcido, sin nervios y sin hiel, entre cachivaches y sucesos, inventando cosas que eran absolutamente imprescindibles, pero

no se sabía para qué. Tono lo pasaba muy bien estando. Le sacaba partido a todo y no deseaba nada especial, ni presumía, ni tenía prisa nunca. A Tono no le sacaban de quicio ni siquiera los políticos más esplendorosos, ni esos tipos engreídos que le saludaban mucho en los cócteles y que él saludaba también sin tener una idea clara de quiénes eran. Creo que Tono ha sido una forma de ser y resulta empequeñecedor hablar del humorista o del dibujante Tono era la máxima cantidad de persona que admite un ser humano, el hombre más real que nos haya sido dado a conocer en este barullo. Habría que definirlo por negaciones: todo lo contrario de un pelmazo, lo más distante de la pedantería, la criatura del mundo más alejada de un orador o de un sabelotodo o de un literato profesional.

Si Tono escribía o dibujaba era porque se le ocurrían cosas. Fueron primero las ocurrencias y no al revés. Una vez que escribió eso de «el tiempo, que no es ningún niño», le dije yo que era un verso como de César Vallejo para arriba. Me decía que no, que había empezado a escribir muy tarde, que él no era eso que se llama un escritor ni nada parecido. Yo le llevaba la contraría, pero daba igual. A Tono no le gustaba discutir. Ramón Gómez de la Sema le hizo justicia y dijo que fue Tono el que trajo las gallinas, el más personal ideador de todos los que abrieron la brecha del humor nuevo. Cuando yo le hablaba de aquel artículo del mago me decía: sí, lo leí. Nada más. Luego quedábamos para vernos, dentro de esta misma semana. Siempre dentro de la misma semana. Y como lo pasaba muy bien regalando cosas me traía un encendedor rarísimo o una maquinilla de afeitar. Quédatela, me decía, antes de que la convierta en ventilador.

Creo que Tono se me va a seguir muriendo siempre, hasta el final. Quiero decir que lo peor no es que se haya ido ayer, a las cuatro y pico, sino que lo voy a echar de menos para los restos. El está con Mihura y con Charlot, pero nosotros estamos sin Tono. Pienso en Azcona, en Mingote, que se ha quedado huérfano otra vez y pienso en los que diremos un día «yo fui amigo de Tono, sí, hombre, mucho». Me consuela algo pensar que no fue deficitario de sonrisas, ni de sobremesas, ni de otras cosas. Vivió siendo un caso excepcional de normalidad y nos enseñó que humor y amor vienen a ser la misma cosa. Tono ha sido una criatura afortunada. Por eso no

hay que hacer elegías. A Tono le hemos querido mucho y vamos a seguir queriéndole. A él le gustaba la vida y a la vida le gustaba él. Lo que no le perdono es que no pueda quedar, en firme, para vernos. Dentro de esta misma semana.

Aquí estaban

(*Grupo Correo*, 2 de enero de 1993)

Los viejos filósofos me han convencido de que no debo temer a la muerte, ya que mientras esté yo, no estará ella y, cuando ella esté, no estaré yo. Lo malo es que no existe ninguna consoladora filosofía que me impida temer la muerte de personas a las que quiero. El año que acaba de irse, que está hecho de la misma sustancia temporal que el que acaba de venir, se ha llevado, como todos, a mucha gente. (Está comprobado que siempre se mueren los otros, pero hay que distinguir entre la gente que se muere y la que se nos muere). Poco nos importan algunos personajes notorios si no constan en la antología del corazón. Hay difuntos públicos y difuntos privados, personajes y personas.

Cuando se tiene eso que se llama cierta edad, que es la que delata el rostro con toda certeza, hay más familia y más amigos en la otra orilla que en ésta. Qué gran fiesta hogareña podría hacerse con los que ya no están en la casa aquella. También se podría ir de excursión en un autocar con muchos amigos que ya no vienen en la guía de teléfonos. Este año, para no ser menos que sus predecesores, ha matado a mucha gente. Todos los años tienen antecedentes penales, ya que están hechos de tiempo y el tiempo es un asesino de mucho cuidado. Siento un escalofrío al pensar que ya nunca se me hará tarde con Luis Rosales, entre sosegado coñac y endecasílabos de Villamediana. Tampoco podré oír a Gregorio Prieto sus historias londinenses con Luis Cernuda, ni pedirle a Lorenzo Goñi que me pinte una caracola. Eso es lo peor de la muerte de los demás: que nos destierran a la memoria y la memoria es insolvente en muchos casos. ¿Por qué se murieron tan pronto los futbolistas Juanito y el boxeador Urtain? Con los dos tenía citas aplazadas. No se puede aplazar nada. Todo es ahora o nunca. En muchísimas ocasiones he dejado para luego cosas que no pude hacer jamás, ya que para luego fue tarde. Por mi memoria desfilan, si bien no con mucha marcialidad, porque algunos eran muy mayores, los amigos que se fueron sin dejar señas. Pobre de mí, no pobre de ellos.

Jamón, jamón

(*Grupo Correo*, 19 de marzo de 1994)

Lo primero que hizo la Comunidad Europea fue mandarnos matar vacas, creyendo que todos los españoles éramos toreadores y para que no perturbaran el continental equilibrio bovino. Después vinieron otras tasas, olvidando que con las cosas de comer no se juega. La última restricción afecta a la captura del bacalao, esa divina momia. El bacalao, que antes era comida de pobres y pasó a ser comida de ricos, lleva camino de convertirse en comida de nadie, después del último acuerdo pesquero, que parece un acuerdo unilateral. Nos han impuesto un cupo, para que nos vayamos enterando de quién es el que corta el bacalao.

En mi infancia, cuando ya no teníamos territorios de ultramar, pero había muchas tiendas con el rótulo de «Ultramarinos», los bacalaos colgaban del techo, como pajarracos lívidos sobrevolando el aceite redondo, que se extraía con émbolos, y aquellas barricadas de arencas de alineado oro y de luto, con algo de retablo dispuesto para armar y desarmar. Los bacalaos eran como los estandartes católicos de los días de abstinencia, que aquí siempre ha habido quien ha creído que los ricos pueden observar la vigilia comiendo caviar y langostinos, pero los pobres corren el riesgo de ser destinados al fuego eterno si ingieren en uno de esos días un bocata de mortadela.

Ahora el peligro es aún más grave, porque atañe al jamón, que, como se sabe, es el mejor amigo del hombre, a mucha distancia del perro. Suiza ha decidido abrir sus mercados a la importación del jamón español, dentro de las negociaciones comerciales bilaterales. Estamos perdidos. Con los políticos que tenemos, nos lo pueden cambiar por relojes de cuco. Iberia no será Iberia sin los jamones ibéricos, enjutos, como fosilizados caballeros del Greco, que dice mi amigo Víctor Márquez Reviriego. Esbeltos jamones veteados y aromáticos, de un rosa crepuscular y sabor envolvente. (No sigo porque se me hace la prosa agua). Cuando los descubran por ahí se nos acaban los jamones. También es mala pata. Negra.

Réquiem por «El cojo Manteca»

(*Grupo Correo*, 26 de mayo de 1996)

Todo el mundo protesta por algo, pero él protestaba por el mundo. Enarbolaba sus muletas, que eran como la tizona y la colada de este campeador suburbano y alcanzaba los más altos objetivos. Era un amateur del destrozo, un D'Artagnan de los escaparates, un Atila de las aceras. Cojo como Lord Byron, como Quevedo, pero sobre todo cojo como Silver, el pirata de *La isla del tesoro*, se sumaba gustosamente a todas las manifestaciones. Era un solidario del descontento y donde ponía el ojo ponía las muletas, convertidas en mástiles donde ondeaba la invisible bandera del descontento.

A fuerza de romper letreros de estaciones de metro, escaparates y farolas, «El cojo Manteca» conquistó la fama, esa prima tonta de la gloria. La celebridad del vándalo fue súbita. Era un tipo pintoresco y a nadie pareció importarle demasiado quien tuviera que pagar los vidrios rotos. Estábamos ante un desinteresado amante del destrozo, ante un rebelde con infinitas causas. Una revista le dio varios millones por entrevistarle, cosa que jamás le sucedió a Severo Ochoa, pero la nombradía hay que pagarla y el terrible cojo era como un emblema de la marginación, después de protagonizar la protesta estudiantil de 1987, donde luchó a pierna suelta.

Ahora, Juan Manteca Gabanes ha fallecido en un hospital de Orihuela, dicen que a causa de una enfermedad relacionada con el consumo de drogas. Pobre chico y pésimo ciudadano. Tenía 29 años y quizá no nos deje consuelo su memoria, pero se le recordará durante algún tiempo como un símbolo de los desplazados, de los que no encuentran su lugar al sol ni a la sombra en una sociedad que busca la opulencia y se detiene en los escaparates iluminados del éxito. Como los que él rompía mirando luego hacia atrás con ira, por si se había dejado alguno intacto. Piedad para un pobre ser humano conocido como «El cojo Manteca». Un tiempo como el nuestro merece un héroe como él. Además, desde Manolete nadie ha dado mejores muletazos por alto.

Aniversario

(*Grupo Correo*, 9 de diciembre de 1997. Premio José María Pemán)

Los «derechos humanos» cumplen 50 años, pero están muy bajitos para su edad. Han crecido muy poco desde el reconocimiento de la ONU, hace medio siglo. El texto donde se articulan estos derechos empieza con un judicial gerundio: «Considerando que la libertad, la justicia y la paz tienen como base el reconocimiento de la dignidad intrínseca…».

No es cierto que todos los seres humanos nazcan libres e iguales. Unos son más iguales que otros. Y menos Ubres. Tampoco es verdad que todos sean idénticos ante la ley, a no ser que se refieran a la ley de la gravedad. La crueldad, la ignorancia y la miseria siguen habitando este planeta, que dicen que es el único habitado. No es que quede mucho por hacer: queda todo. El hombre —animal racional, animal crédulo, animal inconsolable, según las definiciones— es, hasta ahora, un experimento fracasado. La medida de todas las cosas, pero de todas las cosas malas. Basta echarle una ojeada al mundo. Nada menos que treinta y cinco guerras civiles hay en este momento histórico en el que, una vez más, se repite la historia y no en forma de farsa, sino de muerte. Quienes las han contado calculan que andan por el mundo cuarenta millones de personas refugiadas. Las desapariciones, las torturas, los presos de conciencia, las condenas a muerte están a la orden del día y al desorden del siglo que se acaba. No tenemos derecho a pensar que ha variado sustancialmente nada desde que el padre Hornero dijera eso de que no hay cosa, de cuantas respiran y andan por la tierra, más lamentable que el hombre.

Mañana se celebra en todo el mundo el Día Internacional de los Derechos Humanos. ¿También en Argelia, en Albania, en Somalia, en Bosnia, en Camboya? La célebre declaración formulada hace cincuenta años —los hará el año que viene— es papel mojado, pero mojado en sangre. Amnistía Internacional sigue llamando a las conciencias, pero las conciencias no saben, no contestan, quizá ensordecidas por los estallidos de las minas antipersonas. ¿Por qué hablar de «derechos humanos»? No tenemos derecho.

Cansinos vuelve a Sevilla

(*Grupo Vocento*, 27 de junio de 2009. Premio Joaquín Romero Murube)

Pudo ser intérprete en Babel. Entre otros dones, tenía el don de lenguas y hablaba y escribía todos los idiomas conocidos, incluso los que solo conocía él. El azar, o el destino, o el carácter, vaya usted a saber, hizo que viviera gran parte de su recatada y generosa vida, fuera de su Sevilla, pero el hábito no hace al monje y Cansinos Assens tuvo el hábito de escribir todos los días, de espaldas o quizá de perfil a eso que llaman éxito. Así que se convirtió en un monje tibetano de la literatura que vivía cerca del viaducto madrileño.

Tuvo que ser Borges el que lo proclama ser su maestro. Ahí es nada: tener un discípulo confeso que llega a ser el Homero de la Pampa. Rafael Cansinos fue poeta, novelista, ensayista y traductor. Las historias que Schahrasad la persa le contó en su armoniosa lengua al neurótico rey Schahriar jamás han sido trasvasadas al castellano en un vaso más limpio. Es como si don Rafael hubiera estado allí desde la víspera de la noche mil. «Se han descubierto las fuentes del Nilo, pero aún están sin descubrir las fuentes de las Mil y una noches», dice. Cansinos nos dejó al morir un archivo de más de 40.000 documentos. Sevilla, siempre presente en su magna obra, los acogerá en el convento de Santa Clara. Sevilla no abandona a sus hijos, quizá porque sus hijos, vivan donde vivan, no pueden abandonar a Sevilla.

En *La novela de un literato*, que es el más importante catálogo de personajes que poblaron una época de la vida española, habla Cansinos de «el divino fracaso». Confiesa, sin ninguna clase de petulancia, que jamás pensó que la literatura fuera una cosa práctica, ni un medio de vida. «No hay olvido», dijo su paisano Luis Cernuda. Visitar su fundación, entre manuscritos, proclamas ultraístas, imaginería religiosa y dedicatorias, será como visitar un monasterio. Aunque el monje esté ausente.

La rebelión de los robots

(*Grupo Vocento*, 21 de marzo de 2018)

Cada vez hay menos imprescindibles, pero seguimos necesitando testigos. Ya no es estrictamente necesario que los seres humanos se maten unos a otros, como viene sucediendo desde el vagaroso principio de la Humanidad. Un coche sin conductor, pero conducido por sus inventores, ha atropellado a alguien que pasaba por allí. Sucedió en Arizona, pero, como el mundo es un pañuelo empapado de lágrimas, el suceso ocupa todos los telediarios y todas las portadas de los periódicos. Es la primera vez que un vehículo autónomo se toma la libertad de causar un atropello mortal y no se puede echar la culpa a nadie, hasta que llegue la segunda vez que un coche asesine a alguien y no tenga la menor culpa. ¿Es sustituible el conductor humano por un mecanismo ideado por él? La víctima, que caminaba fuera del paso de peatones, ha adquirido una gran notoriedad, porque es la primera persona que no ha necesitado para fallecer un vehículo conducido por otra persona. La compañía ha expresado sus condolencias, pero dentro del coche, que en ese momento no sabía que era fúnebre, había una persona, aunque la conducción era automática. El fantasma que guiaba no sabía que el vertiginoso cacharro era más bello que la Victoria de Samotracia.

Los robots se están cabreando con sus inventores y Uber ha suspendido las pruebas que venían realizando porque la realidad depende de la estadística. ¿Es reemplazable el conductor humano o nos basta que el azar se vaya cargando a algunas criaturas que no supimos jamás ni a que venimos, ni por qué tenemos que irnos? Los esclavos mecánicos también se cansan y no tienen sindicatos que los defiendan.

ÍNDICE

Manuel Alcántara 7
Manuel Alcántara, poeta en verso y prosa 9

ANTOLOGÍA

I. POEMAS

MANERA DE SILENCIO (1955)

El poeta 23
Biografía 24
Soneto para empezar un amor 26
Me busco por el tiempo 27
Antiguo presente 28
Dios 29
Arcángel de pereza 30
El poeta pide por su voz 32

EL EMBARCADERO (1958)

El embarcadero 35
Alta mar de otro tiempo 36
Aviso urgente a los navegantes 37
Canción 1 39
Canción 2 40
Canción 3 41
Canción 4 42
Canción 6 43
Canción 11 44
Soneto para pedir tiempo al tiempo 45
Soneto para pedir por mis manos 46
Soneto para pedir por los hombres de España 47
Soneto para pedir por los amigos muertos 48
Las palabras 49
Hay una mujer en el sur 51

PLAZA MAYOR (1961)

Plaza Mayor 55
Salamanca 56
Corto piropo a todo el Cantábrico 57
Caminos vecinales 58
Vuelta a la mar de Málaga (Rincón de la Victoria) 59
Frente a frente 60

CIUDAD DE ENTONCES (1962)
Carnet de identidad ... 63
Amanece ... 64
Muchacha en una bolera ... 65
El ring ... 66
Soneto para acabar un amor ... 67
Radiografía ... 68
Como una oración ... 69

ANOCHECER PRIVADO (1983)
Este jueves depende de tu boca ... 73
Yo tuve el corazón capaz de lluvia ... 74
En busca de una persona ... 76

SUR, PAREDÓN Y DESPUÉS (1984)
No sabe el mar que es domingo ... 79
He venido a buscarme ... 80
Lo que tenga que pasar ... 81

ESTE VERANO EN MÁLAGA (1985)
Este verano en Málaga ... 85
El mar no puede morir ... 86
Si otros no buscan a Dios ... 87
Suelo primero del parque ... 88
No digo que sí o que no ... 90
Con el campo entre dos luces ... 91
No pensar nunca en la muerte ... 92
Ponte una mano en el hombro ... 93
Yo puedo perder el tiempo ... 94
Averigua quién te dio ... 95
Viendo a la muerte venir ... 96
Le gustaban pocas cosas ... 97
Excusas a Lola ... 98
Al ruido del agua en un cántaro que fue de mi abuela ... 99
Abderramán III, poco antes de morir, hace confidencias ... 100
Niño del 40 ... 101

II. ARTÍCULOS Y COLUMNAS

Pablo VI, en Harlem ... 105
Última hora: César González-Ruano ... 107
Crisis de ricos ... 109
La mano izquierda de Picasso ya no tiene envidia ... 111
Nuestro amigo Omar Khayyam ... 113
Alí es grande ... 115
Federico Muelas ... 117
Tono ... 119
Aquí estaban ... 122
Jamón, jamón ... 123
Réquiem por «El cojo Manteca» ... 124
Aniversario ... 125
Cansinos vuelve a Sevilla ... 126
La rebelión de los robots ... 127

Este libro se terminó de
imprimir en abril de 2019,
con motivo de la celebración del
Día Internacional del Libro

JUNTA DE ANDALUCIA
Agencia Andaluza de Instituciones Culturales
CONSEJERÍA DE CULTURA Y PATRIMONIO HISTÓRICO